

EMMA MAURICIA MORENO CARMONA

El acto creativo lo vivo de una manera muy sencilla. En primer lugar selecciono el tema. Este puede ser impuesto o surgir de cualquier idea de lo cotidiano. Impuesto si se me solicita, como éste, que debe responder a dos preguntas: ¿cómo vivo el acto creativo? y ¿por qué escribo? Una vez designado el tema debo documentarme. Dedico horas a la lectura relacionada con el tópico escogido. Esto lo hago de manera sistemática, puesto que por muy fácil que sea el asunto y no obstante que se poseen algunos conocimientos y a partir del supuesto de que se sabe de todo pero no de todo, me parece la forma más adecuada para no cometer errores y que la información adquirida haga que las ideas afloren sin mayor problema.

Si lo creado es amplio, una vez que estoy documentada, acomodo en la memoria mi trabajo de investigación y mi propia fantasía. Medito y armo mentalmente ese desparpajo de ideas. Selecciono palabras que poco a poco voy plasmando en los borradores. Debo confesar que hago mi primer y segundo intento de manera manuscrita. Cuando creo que ya existe un orden en lo creado, una secuencia en lo imaginado, transcribo a máquina y por último, a la computadora. Olvidaba decir que dejo reposar los manuscritos durante algunos días y retomo los textos porque, o nacen nuevas ideas o se corrige con mayor claridad. Algunas veces debo hacer tres o cuatro borradores. Trabajo mis quimeras con dos diccionarios sobre la mesa. Cambio palabras, oraciones completas. Tacho párrafos, tiro algunas hojas. Y empiezo de nuevo. En algunas ocasiones he tardado más de dos años en armar una novela corta. Tal vez no resulte lo mejor, pero el intento se hace.

¿Por qué escribo? Esto viene a ser una imperiosa necesidad. Se ha dicho que algunos autores hacen en sus novelas el mundo que desean o desearon vivir. Yo escribo de mi mundo y

este es en un diez o veinte por ciento un mundo real. Escribo porque me gusta construir, en parte, mundos imaginados que algunas veces incluyo para hacer más amena la estructura de mis textos. Redacto, porque sencillamente siento placer al hacerlo. No puedo pasar muchos días sin garabatear las hojas en blanco, y puedo asegurar que nada tiene que ver con el placer de romper su candidez. No puedo renunciar a plasmar lo que pienso o piensan los que me rodean. Algunas veces lo descrito padece de una absurda simpleza, pero también lo desatinado puede tener encanto. Me gusta escribir con lápiz, porque siento que la punta del grafito es la continuación de las fibras de mi alma.

Puedo agregar algo de suma importancia: lo creado es y será siempre el producto de trabajo, esfuerzo, dedicación, vivencias; en ningún momento es producto de la inspiración o solo entusiasmo.

El asiento vacío

[Fragmento de novela]

CAPÍTULO I

Llegué a vivir a una pequeña casa en un lugar con características de ranchería. Las casuchas estaban separadas por grandes terrenos. No había luz eléctrica. La tierra suelta se esparcía sobre los pocos muebles que Felipe había hecho llevar. Me gustaban mis muebles de madera blanca. Los enseres de la cocina eran rústicos, pero no faltaba nada. Tenía un aventador de tule, una estufa grande y tosca hecha de lámina y madera, tres hornillas y, a un costado, un pequeño horno. La repisa estaba forrada de chapa y sus orillas de madera pulida. Todo era tan pueblerino que tenía que atar mi pelo en trenzas y usar la ropa del convento. De cualquier manera mis sentimientos no cambiaron un ápice. Lo amaba con todos sus defectos y la verdad es que no lo eran. Hacía ejercicios todos los días. Caminaba una hora, trotaba a caballo dos horas diarias; baño dos veces al día, pulía o hacía pulir las botas tres veces al día. Siempre se atusó el bigote, en las pequeñas o largas sobremesas. Estudiaba muy de madrugada o en las tardes frescas, por la noches o a toda hora cuando tenía exámenes. Era tan parco en la comida como exagerado en el saber.

Algunas veces correamos por la tierra suelta y sin querer se hacía una tolvana que había necesidad de cambiar de ropa y tomar un baño extra. Lo mismo hacía yo; después de esos recorridos decía que era su mujer de piedra. Creo que inventaba lo de las carreras para llevarme a la cama. Intuí que de eso se trataba, pero nunca me opuse al juego. Un día me dijo:

—Linda, me alegra que no uses más tu vestido azul.

—¿Cuál vestido azul?

—El de mil botones que llevaste a Toluca.

—Creí que no te gustaba.

Guardó silencio con ese hermetismo que en ocasiones me enfurecía. Una vez ante su obstinación lo llamé ladino. Nunca volvió a ocurrir ese incidente. Después del insulto no logré romper su silencio en varios días. Cuando lo hizo me sentí avergonzada.

—Soy ladino, lo sé, soy obstinado, desciendo de indígenas; no me ofenden tus palabras, me ofende que desees lastimarme. Yo nunca te haré daño.

No me hacía daño; si estaba sola, por temporadas, era por mi agrado. Lo amaba y cuando decidí vivir a su lado sabía lo que me esperaba.

Lo malo de ese pueblo era la poca gente y escasa agua. Las plantas, pese a mis cuidados, no se lograban. Felipe había dicho que el agua no estaba lejos y pronto haría un canal rústico para que llegara hasta la puerta de la casa. Se ingenió para colocar ladrillos, cemento y láminas acanaladas. El agua llegó hasta un costado de la casa y se me hizo fácil llenarla de plantas. No eran necesarias las macetas o los botes alcohólicos que había visto en otros lados. Cubrí todo de hojas y flores; aunque era casi un rito cuidarlas, lo hacía para cambiar el aspecto de la casa. Y cambió. Todo lucía como un jardín. Lo mejor era que la casa reflejaba el ánimo de sus moradores. Yo sabía que preguntar por sus ausencias, cuando no estaba en servicio, rompería el encanto; decidí desde el primer momento guardar silencio, ignorar todo lo que debía ignorar. Para mí siempre fue mío. Yo le pertenecía, lo demás, ¡qué importaba!

Algunas veces las arrugas de la frente se marcaron, lucía cetrino. Su piel perdía brillo y tirantez. Los problemas, de cualquier índole, surcaban su cara. Pero con el baño acostumbrado todo desaparecía. Entraba a la tina de agua vaporizante y ahí permanecía hasta que enfriaba el líquido. Salía como frijol remojado, le dije que pronto brotarían de su piel pequeñas yemas. Reía de eso y de que el bigote a la káiser se volvía a la morsa. Sabía reír, hacer bromas como aquella que hizo en los límites de la frontera México-Estados Unidos. Saltaba como niño festejando su arribo a México y su instantáneo regresar a Estados Unidos. También sabía enojarse y algunas veces odiar.

CAPÍTULO XVI

—Señora, le hablan.

—Gracias, Zacarías, ¿quién es?

La mujer atraviesa el corredor de la casa y llega con premura a la puerta de entrada. Abre la hoja y se encuentra con el general Ángeles. Los ojos del hombre parecen dos ascuas tranquilas. Selma queda paralizada ante el general, no sabe qué hacer. Piensa por un momento en arrojarle a sus brazos pero le asalta el rencor por los días de soledad.

Recuerda en ese momento que en meses no ha tenido una sola línea. El general la mira tratando de leer sus pensamientos. Felipe la toma de la cintura y sigue hasta la recámara, ella siente el calor del cuerpo del hombre y recorre con su mano la espalda, piensa en su musculatura hecha a fuerza de disciplina, recuerda que las piernas del general lucen delgadas con el uniforme de militar, pero son poderosas y firmes, tan firmes que en momentos la aprisionan con amor. Quiere al general, está apasionada por él y musita al oído "te amo Felipe, te necesito y te deseo". El general empieza a desatar cintas y botones de la bata de la mujer, pero ella haciendo a un lado sus manos dice:

—¿Cuántos días vas a quedarte, Felipe? ¿Vienes por mí?

Él no contesta y sigue besando; Selma olvida todas las preguntas y deja que explore su cuerpo, la bese y la lleve hasta ese mundo de placer. Felipe respira suavemente en su boca y se ata a su cuerpo. Selma, llena de pasión, accede a los deseos del general. Selma brilla con su piel apiñonada. Ella no es capaz de resistir las caricias de su hombre, está dispuesta a darle todo. Felipe es un amante dulce. Ella se estremece sin poder dominarse. Aquel fuego que sentía en el centro de su cuerpo amenazaba incendiar hasta su médula. Recordaba la sana sensualidad del general que hacía que una lengua de fuego incendiara su interior, gemía de placer. Olvidaba que Felipe había dejado de escribir por meses, olvidaba que hasta ese momento no había dado una explicación y menos una disculpa por su silencio.

—Acuéstate —le dijo él dulcemente y ella en silencio se acostó. Buscó su cara y la besó en la mejilla, en la boca. Ella se dio cuenta de su aliento a cigarro. Le extrañó, pero no dijo nada. Se quedó sin moverse, sumida en una especie de sueño. La mano del general seguía avanzando entre la poca ropa que aún tenía puesta. La delgada prenda bajó hasta sus pies. Él siguió acariciando y depositó unos besos en su vientre, en su ombligo. Selma, quieto su cuerpo, fue del fuego a la paz. El general a su lado respiraba acezando quedamente con la cabeza sobre su pecho.

Selma y el general duermen. Ella es la primera en despertar. La inquieta una sensación de vacío muy conocida para ella. La idea incrustada en la mente y en todo su ser de que el general tendrá que irse. Tiene que saber cuántos días podrá gozar de su compañía, cuánto tiempo podrá disfrutar de la charla de su marido aunque sea de su maldita revolución.

—Felipe, ¿cuándo te vas?

—Dentro de dos horas, debo ir nuevamente a Francia, ignoro el tiempo, no sé cuando volveré, ni cuando podré volver a verte de...

—¡Nunca sabes cuándo volverás, ni cuándo podrás permanecer a mi lado para siempre!

—¡Eso lo sabías desde siempre! ¡Desde un principio de nuestra relación te hablé de mis compromisos! ¡No ha existido engaño!

—Sí, lo sabía, como sabía que eras casado y con hijos, pero también sabía que me amabas y juraste en catedral cuidarme como si fuera tu esposa, te he visto tan pocas veces que estoy olvidando que me amas.

—¡Eso no debes olvidarlo! ¡Juré que serías como mi esposa!

—¡Como tu esposa! ¡Pero no lo soy, ni tengo el lugar que ella tiene, ni la dicha de vivir a tu lado, de pasar miserias pero a tu lado! ¡No tengo el respeto de la gente, ni su desprecio por ser tu amante! ¡Nadie se ha enterado que tienes una amante joven, una mujer que espera pacientemente tu regreso y tienes que ocultarte por el qué dirán y porque pueden decirle a Clara que tiene una rival!

Felipe escucha a Selma y deja que descargue su coraje. Selma está pálida y no habla como de costumbre; grita y se viste, se teje una trenza y sigue diciendo:

—¿Cuántas veces hemos comido juntos? ¡Estuve enferma y no te enteraste! ¿Cuándo hemos ido a pasear? Desde aquellas caminatas en Pachuca y nuestra ida al hotel, en el centro de Toluca, no has podido ofrecerme nada.

El general ha terminado de vestirse, no ha tomado alimento, ni su baño habitual. No desea que los gritos de Selma trasciendan las paredes de la alcoba. Selma se espanta al ver que el general se dispone a salir de la alcoba.

—¿Vas a desayunar? ¿A dónde vas?

—No tengo tiempo.

—Y, ¿tu baño?...

Felipe sale sin dar respuesta, azota el portón, se aleja de la casa con paso firme. Selma se queda de pie a la entrada de su recámara. Habla con voz quebrada y apenas audible.

—¿Por qué se ha ido sin despedirse? ¿Por qué me ha humillado así? Anoche me dijo que era su diosa y ahora se va sin hablar. Se ha enojado por lo que dije, no quiere el nombre de su mujer en mi boca. ¿Por qué le grité? ¡De cualquier manera estoy harta de permanecer en esta casa que no es la mía, ni de mi agrado y tengo que soportar un encierro que odio, como lo odio a él!

CAPÍTULO XXXIV

—Joaquín, mañana viajaremos a Chihuahua, es necesario que vayamos a visitar la tumba de tu padre.

Selma cree que ha llegado el momento de llevar a su hijo a la tumba de su padre.

—Mamá, tus órdenes siempre han sido obedecidas por nosotros, pero me gustaría hablar sobre algo que tú siempre has evitado, cualquier comentario sobre mi origen. ¿Es ahora cuando debo visi...

—Es tiempo de que sepas muchas cosas. Sencillamente ya eres un hombre y deseo que conozcas el lugar en que fue sepultado tu padre.

—¿Qué te hace pensar que debo conocer la tumba del general Ángeles?

—¡Por el simple hecho de que es tu padre!

—Yo no me apellido como él, llevo tus apellidos. Siempre me has hablado de la

importancia que tuvo el general en la vida de México, de su inteligencia, del amor que se tuvieron, pero...

—¡No tienes por qué reprocharme nada! ¡Él fue tu padre y yo me siento orgullosa de tener un hijo del general Ángeles!

—¿Orgullosa aunque yo no pueda llevar su nombre? Me llamo Joaquín, como mi abuelo. ¿Por qué no Felipe Ángeles?

—¡Ya sé que cometí un error, comprendo que tienes razón en sentirte molesto!

—¡No quiero reprocharte nada, eras tan joven, eras tan...

—¿Tonta?

—No, madre, tonta no. He cumplido los 18 y ya es tiempo de que me hables como a un hombre, o como a tu hermano.

—¡Para mí sigues siendo un niño!

—¡No te engañes, madre, no soy ningún niño! Tan no lo soy que comprendo que seguiste al general por tu enamoramiento de niña, de una pobre niña que no tenía ningún apoyo moral. Por eso seguiste al general...

—¡Seguí a tu padre!

—No puede ser mi padre, ni siquiera lo conocí, ¿tú lo amaste? ¡Yo no pude amarlo! ¡Tal vez si en lugar del desarrollo de la revolución, me hubiera mandado una simple nota como cualquier padre!

—¡Él nunca supo que yo esperaba un hijo suyo! ¡Él murió cuando...

—¡Cuando yo tenía tres años! ¿Nunca se pudo informar de la pobre muchacha que esperaba un hijo? ¿Por qué no le avisaste? ¿Acaso crees que por ser una gloria del país hace que desaparezca toda la amargura que hemos vivido? ¿Crees, madre, que no me he dado cuenta de tu soledad, de tu odio reprimido, de ver tu resignación, de ver tu vida destrozada para siempre?

—¡Él es tu padre y debes sentirte orgulloso de...

—¿Ante quién, señora Selma? ¿Ante quién voy a presumir de que soy hijo de Ángeles? ¿A quién voy a presumir que soy hijo del único amor de tu vida? ¡Eres tan culpable como él, te cegó el amor o tu pasión por un hombre ajeno! Yo te amo, madre, pero ese mismo amor hace que te ruegue olvides de quién soy hijo. Acepto que fue una gloria, fue... lo que tú quieras para nuestra patria, pero ¿sobre quién descargo la culpa? ¿Sobre ti que aceptaste ser una pobre sombra en la vida del general? ¿Sobre ti que piensas que soy tu orgullo por ser hijo de él? ¡Desengáñate, madre, me sentiría feliz de ser hijo de cualquiera, porque al no confesarle a ese hombre que esperabas un hijo de él, me negaste el derecho de aceptarlo como padre! ¿Qué pasaría si uno de sus hijos se enterara de que me planto el apellido de su padre? ¡No, madre, no llores y acepta que soy tu hermano, por los apellidos, ante el mundo! ¡Deja al general Ángeles en la gloria, una gloria que no es por todos reconocida, como no es reconocido como padre por mí! ¡Déjame ser hijo legítimo del capitán Joaquín y Eréndira... y hermano menor de Selma! Selma, la mujer que amó sobre todas las cosas al general Felipe Ángeles y lo único que te pido es que no me lleses a visitar al mártir de Venustiano Carranza. LC